

Antología poética

Rafael Arráiz Lucca

Prólogo de
Edgardo Mondolfi

MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA

Índice

La casa, los viajes, el tedio y el infierno Edgardo Mondolfi Gudat	VII
BALIZAJE (1983)	
Mi casa	1
El cartógrafo	5
TERRENOS (1985)	
Casa del Paraíso I, IV, IX	7
Casa de mar I, IV, V, VIII, IX	10
Casa de montaña I, IV, V, VII, IX	15
Casa de Ciudad I, IV, V, VII	20
ALMACÉN (1988)	
Cabo Verde	25
Tercer Milenio	26
Austria	27
Hotel «Ocean View»	28
Los aeropuertos	29
Aventura en Caracas	30
Autorretrato de un líder	31
«Orbis novus»	32
Poema hiperrealista	33
«Hispanoamerican Clips»	34
Urbanización	37
Junta de condominio	38
Eugenia	39
Meditación en el ascensor	42

Las mujeres rigurosas	44
G	45
Cristóbal	46
Almacén	47

LITORAL (1991)

La aeromoza	49
Iraida	50
Las nuevas reinas	51
Antonio González	52
Henri Lecourt	53
Los eucaliptos	54
El jabillo	55
La hiedra	56
Irlanda	57
El cielo de Europa	58
Malecón	59
La Paz	60
Leningrado	61
Un poeta (desconcertado) se pregunta	62
Las cosas	66
Oblicuas	67
Gimnasia	68
La cabra	69
Los topos	70
La danta	71
El cristofué	72
La cascabel	73
La mapanare	74
La salamandra	75
Los caracoles	76
Hipocampos	77
Las ballenas	78
Las sardinas	79

PESADUMBRE EN BRIDGETOWN (1992)	81
BATALLAS (1995)	
Fundos V, VI, VIII, X, XIII, XIV, XV, XVIII, XIX, XXI.	91
Batallas	102
<i>Amarse...</i>	103
<i>Una noche...</i>	104
A.L. I, V, VII, X	105
POEMAS INGLESES (1997)	
Las bombas	109
La cueva	113
La mínima luz de los amantes	116
La ardilla de mi jardín	120
REVERÓN (1997)	
La familia Rodríguez Zocca	125
La cueva	126
Juanita	127
Fiesta en Caraballeda	128
Luz tras mi enramada	129
Mujer desnuda leyendo	130
Desnudo en el paisaje	131
Dunas de Catia La Mar	132
Retrato de Domingo Lucca	133
Serafina	134
Cinco figuras	135

La casa, los viajes, el tedio y el infierno

A DIFERENCIA de amistades que son predestinadas, conocí a Rafael Arráiz Lucca en circunstancias más bien accidentales. Sería 1982, yo estudiaba Letras y, aunque no tenía ningún talento para escribir poesía, me interesaba seguirle el paso a la terna de contemporáneos que, bajo la caraqueñísima nomenclatura de «Grupo Guaire», incursionaba en los dominios de la nueva lírica venezolana.

Guiado por la amistosa mano de Alberto Barrera, recuerdo haber asistido como curioso observador a una de estas reuniones, en un apartamento del sector Chulavista, desde el cual se comandaban las luces y los ruidos del Valle de Caracas. Allí, en un ritual dominado por la pretensión juvenil de enterrar los cánones y proclamar un nuevo discurso poético despojado del afán textualista, experimentalista y telurista en boga hasta ese momento, escuché por primera vez las voces de Arráiz Lucca, Nelson Rivera, Luis Pérez Oramas, Armando Coll, Alberto Barrera, Leonardo Padrón y Javier Lasarte. Eran los primeros intentos de esa generación por abjurar de una poesía que, a fuerza de replegarse en sí misma, se había tornado elitesca, y de abrirle paso al poema breve y directo, eminentemente narrativo y conversacional, que le tomara el pulso al hombre de la calle. Se trataba, pues, de rendirle homenaje al asfalto, al tráfico, a la congestión de las dos oleadas del día, a los endriagos de la rutina, a la cultura oficinesca, a la clase media, al barrio, la casa y el automóvil. La poesía de la calle, representada por el «Grupo Guaire» y su gemelo «Tráfico», iba dirigida al corazón de la cotidianidad y de lo urbano, sin que mediara la necesidad de trascender la realidad ni mucho menos de pedirle pasaporte a la Historia.

Esa misma noche averigüé que me encontraba en casa de la familia Arráiz. A la hora de marcharme, pude observar en una esquina un par de grillos que supuse habían martirizado a algún antepasado de esta estirpe durante el tormento gomecista. De inmediato, presentí que Arráiz y yo compartíamos un pasado

común de cárceles, persecuciones y odios atávicos que el paso de una generación a otra se había encargado de exagerar. Sentí que habitaban aquí recuerdos lejanos de la ciudad común, un orgullo sordo de seguir perteneciendo a lo que ahora era la ciudad de nadie, una imagen que cuadraba a ambos con contornos de sepia.

Perdí de vista a Arráiz Lucca durante algún tiempo, como ocurre con cierta frecuencia en un lugar tan propicio al desencuentro como es Caracas. Un par de años después lo reencontré en el Banco Central de Venezuela, ataviado con el traje de luces de abogado, escribiendo su segundo poemario, Terrenos. Me pidió consejo acerca de un poema, y pienso que fui insincero fingiendo tener más dominio del que me gobernaba sobre los misterios de la poesía. Si tomó en cuenta el consejo con serenidad, bondad o indulgencia, nunca lo sabré. De lo que sí puedo estar seguro es que desde entonces han transcurrido entre ambos tantas lecturas y opiniones como para concluir, parafraseando a Pedro-Emilio Coll al hablar de un amigo, que si no nos hubiésemos visto nunca, seríamos ambos bien distintos de lo que somos.

Mucha agua ha corrido ya bajo los puentes de «Guaira» y de esa generación que pretendía allanarle un nuevo camino a la poesía venezolana. Algunos han desertado o incursionado en otros ámbitos de la creación. Sin embargo, desde entonces a esta parte, Arráiz Lucca ha permanecido fiel al género o, como diría José Balza en hermosa frase¹, se ha quedado para siempre en el diario y demoníaco reino de la poesía.

Es en prenda de esta amistad y en reconocimiento a su voz auténtica que me aventuro a formular ahora ciertas conjeturas acerca de su obra.

1. Balza, José. «Escribir es comer», en: Arráiz Lucca, Rafael. *El abandono y la vigilia*. México: Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1992, p.11.

La casa: Balizaje y Terrenos

Dentro del universo temático de Arráiz Lucca, marcado en líneas generales por un sesgo profundamente autobiográfico, la casa ocupa un lugar armónico y prominente. El tema de la casa forma, en efecto, el piso común de sus dos primeros libros, Balizaje² (1983) y Terrenos (1985), este último subtítulo precisamente El libro de las casas³.

Valga aclarar sin embargo que la casa no representa, en la poesía de Arráiz Lucca, el centro para el regodeo mullido del alma, sino el vehículo para dialogar con los objetos cotidianos domiciliados en el recuerdo (las plumas verdes del perico, el negro cadillac del tordo, el retrato de Bolívar moribundo en el comedor o los libros para hacer mundos de noche) o, en último caso, el lugar desde donde la infancia de Arráiz Lucca se asoma a conquistar la calle:

*A ella venían ellos
mis amigos de carreras y otros saltos
como aquel que dábamos entre las ramas
para verlo todo desde arriba
y moverlas para correr las sombras del patio
con la alegría de rodar el sol
y hacerlo nuestro. («Mi casa»)*

Con su primer libro, Balizaje, Arráiz Lucca coincide temática y cronológicamente con otro poemario que, sobre el tema de la casa, se va a publicar en Venezuela por aquel entonces: El sonido de la casa, del escritor valenciano Alejandro Oliveros⁴. El título de este libro no puede ser más explícito para el caso que nos ocupa, ni menos obvio (para quien conozca la obra de Arráiz Lucca) el sentido de referencia obligada con que nuestro poeta privilegió, en su momento, al libro de Oliveros. El propio Arráiz Lucca señala, al compartir parecidos:

2. Arráiz Lucca, Rafael. *Balizaje*, Caracas: Ediciones del Guaire, 1983.

3. Arráiz Lucca, Rafael. *Terrenos (El libro de las casas)*. Caracas: Editorial Mandorla, Colección Cármes, 1985.

4. Oliveros, Alejandro. *El sonido de la casa*. Caracas: Monte Ávila Editores, Colección Altazor, 1983.

Para noviembre del año que comentamos [1983], apareció un libro por el que tengo especial aprecio: El sonido de la casa de Alejandro Oliveros. Alejandro llegaba al país luego de una larga estadía en Nueva York. Su poesía, felizmente, se contaminó de la visión poética del mundo de Pound, Eliot, Lowell. Visión ésta que conjuga tranquilamente y sin complejos una referencia cultísima con otra de las más gatuna o culinaria cotidianidad. El sonido de la casa es de los mejores libros de poemas publicados en los últimos años, un libro en el que no se apela a la metáfora brillante ni se hace énfasis en la fuerza. Por el contrario, Oliveros se afinca con humildad en el registro de su cotidianidad ramplona y apasionante⁵.

Mientras Oliveros le canta a su casa y al horizonte de llamas que circunda a Valencia una vez al año durante el verano, Arráiz Lucca hace otro tanto desde el apacible callejón Machado de El Paraíso, en Caracas. El poeta exclama con franco orgullo patricio:

*En un escaparate había una espada
que sólo en ocasiones de júbilo
cuando mi abuela se prendía heroica
la sacábamos juntos para tocarla
con el cuidado de los mitos.
(«Mi casa»)*

Desde el solar de su infancia en el callejón Machado, el recuerdo de un mundo que ha dejado de existir sanciona los versos del poeta:

*Por las tardes de lluvia y almohada
cuando reía
con el capitán Haddock en Moulinsart
furioso y tierno con su botella de vino,
por mi abuela bolivariana
que me enseñó los rigores del honor (...)*

5. Arráiz Lucca, Rafael. *El avión y la nube* (Observaciones sobre poesía venezolana). Caracas: Colección Medio Siglo de la Contraloría General de la República, Serie Letra Viva, 1991.